

Las personas allegadas, poco á poco se infiltran de este virus modernizador, y los parientes, las amigas, acaban por discurrir acerca de tales temas, profesando los mismos principios, deseando regular sus vidas respectivas el día de mañana según estos ideales, y la conversacion entre ellos recae en las modas y en los teatros; se burlan de las añejas *supersticiones*, de las caducas *pedanterías*, de las *hipocresías* de la Turquía vieja, terminando ora con la frase, ora al ménos con la conviccion en la conciencia, aunque á los labios no salga, de *que es tiempo ya de que concluyan las antiguallas y se principie á vivir de una manera más racional!*

*
*
*

Pero ¿y en el otro haren?

Aquí todo es *rigurosamente turco*, desde el vestir de la señora, hasta las más insignificantes bagatelas.

—¿Libros?

—¿El Coran y basta!

—¿Periódicos?

—No se conoce en todo caso más que el *Stambul*.

Enferma la señora. Nada de médicos. ¿Para qué han de servir las doctoras turcas, que poseen para cada mal un específico milagroso?

Si los padres, los suegros, que diríamos, son gente infestada por la peste europea, no consiente el yerno que la hija los vea sino una vez á lo sumo en semana.

Todos los vanos de la casa se hallan perfectamente enrejados y asegurados, y no penetra en tales recintos tradicionales nada que huela á europeo, como no sea el aire, excepcion hecha del caso en que la señora haya tenido la desgracia de aprender un poco francés de niña, en cuyo caso la suegra buscará manera de que se deslicen algunas noveluchas francesas dentro de tan recónditos parajes, aunque no sea más que con la intencion de envenenar aquella alma pura con estas ó parecidas exclamaciones:

—¿Lo ves, te convences de que la sociedad que quereis estigmatizar, es una sociedad muy hermosa? ¡Hé ahí, hé ahí las bellas flores que produce! ¡Hé ahí los sublimes ejemplos que nos ofrece!

*
*
*

A pesar de todo lo dicho, la existencia de la turca está llena de incidentes y fruslerías, que á primera vista parecen increíbles, en una sociedad donde los dos sexos se hallan en perfecta incomunicación por lo comun.

En ciertos harenes, v. gr., la madre anciana pretende arrancar del corazon de su hijo el amor hácia su favorita, para sustituir aquella pasión por la de su candidato preferible, y busca medios de ocultarle los hijos de aquella y procura que se eduquen lo ménos posible, á fin de que no se hagan agradables al padre.

En otros, hay mujeres que no pudiendo separar al marido del lado de otras rivales, intentan que otras nuevas sean las que sustituyan á la predilecta, contentándose con este arte, ya que no privan á las primitivas amantes de las caricias de su esposo. Y así, desentierra el mundo hasta que halla una esclava que colocar ante los ojos del marido, hermosa y atractiva, á fin de que traicione el Effendi á la Sultana predilecta.

Otra mujer que por inclinacion natural hace la agente de matrimonio, se ingenia de tal suerte, que consigue que cierto pariente suyo vea á menudo á cual muchacha con objeto de que quede prendado y la tome en matrimonio, robándosela al marido.

Aquí se forma un grupo de señoras que constituyen á escote un fondo para comprar una lin-

da esclava y regalársela al Visir ó al Sultán.

En otras partes, las intrigas están á la orden del día, y valiéndose cada una de las amigas del círculo, de su influjo individual, obligan á éste á que se separe de su mujer, á este otro para que la adopte, al de más allá para que caiga de la altura de su prepotencia cerca del jefe del Estado, y análogos asuntos ocupan la existencia de las mismas, que lo mismo destierran á un poderoso, que encumbran á un desdichado. Y aunque haya ménos comercio social que en nuestras ciudades, no por eso se deja de saber semejantes intrigas.

*
* *

La fama de una mujer espiritual, de una maldiciente, de una celosa, se esparce fuera del círculo que respectivamente frecuentan. Aun aquí las frases de ingénio, los juegos de palabras, á que se presta admirablemente la lengua turca, las afirmaciones de doble sentido, cunden de boca en boca y se suceden como las circunferencias concéntricas que dibuja en las aguas del estanque la piedra arrojada al fondo: pequeños los círculos al principio, en el centro, ensancha dos hasta perder-

se cada vez más al fin, en los alejados del punto inicial del movimiento.

Nacimientos, circuncisiones, fiestas, bodas, todo cae en el dominio de estas chácharas, ora ocurran tales acontecimientos en la colonia europea, ora en el Serrallo.

—¿Habeis visto el nuevo sombrero que ha sacado la embajadora de Francia?

—¿Se sabe algo acerca de la bella esclava venida de la Georgia, que la Sultana Validé regalará al Sultan el día del gran Bairam? (1)

—¿Es cierto que la mujer de Ahmed-Bajá ha salido el otro día con calzado á la europea con borlas de seda?

—¿Llegaron ya de París los trajes para la representacion del *Bourgeois gentilhomme* en el teatro del Serrallo?

—Sabed, que hace dos semanas que vá todos los días á la mezquita de Bayaceto, muy temprano, la mujer de Mahmud-Effendi, para pedir al Altísimo que le conceda la gracia de dos hijos gemelos.

—¿Qué escándalo se ha armado en casa del fotógrafo Fulano, de Pera, porque Ahmet-Effendi ha encontrado allí el retrato de su mujer!

—¡Ah! ¡La señora Aiscé bebe vino!!!

(1) Fiesta anual con que celebran los musulmanes el fin del Ramadan ó Ramazan, tiempo de ayuno y cuaresma.

—La señora Fátima se ha mandado hacer tarjetas.

—La Hafiten entró á las tres en una tienda de un franco y ha salido á las cuatro.

.....

En suma, la pequeña crónica de la ciudad, el *Folleton* que dicen los franceses, la *Gacetilla* maligna, circula con increíble rapidez por entre aquellas casas encarnadas y amarillas, se enlaza con la de la corte, se desparrama por Scutari, se prolonga por las orillas del Bósforo hasta el mar Negro, y con frecuencia llega hasta las grandes ciudades de provincia, de donde torna adornada y amplificada para provocar nuevas risas, nuevos argumentos, nuevas futilidades, en los mil harenes de la metrópoli.

*
*
*

Sería curiosa diversion, si hubiese entre los turcos, como entre nosotros, esos corre-ve-y-diles del mundo elegante que todo lo saben y todo lo

cuentan de casa en casa. Sería una diversion y un estudio amenísimo al propio tiempo para ilustrarse acerca de la vida en Constantinopla, el irse á establecer en las Aguas Dulces de Europa en día de fiesta, y hacerse decir una palabrilla con motivo de todas y cada una de las personas notables, bajo distintos respectos, que pasasen por delante de nosotros.

Pero, despues de todo, ¿qué importa que no haya estos noticieros? Se saben los milagros; los santos, ya se los puede imaginar cada cual á su antojo. Para mí es como si viese por mis propios ojos tales asuntos. Ejemplo:

La gente pasa, y un turco á mi lado señala:

—Aquella señora acaba de separarse de su marido y se ha ido á vivir á Scutari.—Scutari es el refugio de las malcontentas.—Se ha ido á casa de una amiga, y volverá al techo marital, cuando su esposo, que en realidad la quiere, venga á anunciarle que se ha desembarazado de la concubina que fué objeto del divorcio.

—Este Effendi que pasa, está empleado en el Ministerio de Estado. Por librarse de los inconvenientes que traen consigo los parientes de las turcas y los parientes de los parientes, há poco que casó con una esclava árabe que en estos días precisamente aprende el turco con su cuñada, hermana del marido.

—Esta monina, es una divorciada que espera

que el Effendi Zutano repudie á una de sus cuatro mujeres para ocupar su puesto, el cual, de tiempo atrás se lo prometió.

—Aquella de más allá se ha separado dos veces del marido y tercera vez vuelve á casarse con él, y él tan conforme; y para cumplir con la ley, se ha casado por algunos días con otro, que será marido únicamente el día de la boda, segun han convenido, y divorciada podrá realizar sus designios con el primero.

—Esa morenilla de ojos lánguidos, es esclava abisinia, cedida por cierta señora del Cairo á cierta gran señora de Stambul, muerta no há mucho, y que la ha dejado dueña de casa, sustituyendo en todo á su ama, incluso con el amante.

—Aquel, aquel Effendi de cincuenta años, se ha casado hasta con diez mujeres.

—La viejecilla que viste de verde, se enorgullece de haber desposado legítimamente hasta doce caballeros.

—Esta otra, se ha enriquecido comprando esclavas de catorce años, á las cuales enseña música, canto, baile y maneras de la alta sociedad, y luego las vende, ganando el quinientos por ciento.

—Hé ahí un ejemplo: aquella circasiana se compró en Top-hané por ciento veinte pesetas turcas, y revendida tres años más tarde, ha costado la friolera de ¡cuatrocientas!

—¡Qué historia la de esa! Esclava, odalisca,

mujer legal, divorciada, casada en segundas, viuda, y en pretensiones de flamante matrimonio.

—Reparad á ese Effendi. Se halla en tales condiciones, que verdaderamente es curiosa su situación: su mujer propia está enamorada perdida de un eunuco. Y se cuenta que es muy capaz de dar á su legítimo esposo una determinada taza de café que le haga despertar en la eternidad, á fin de que la deje gozar en paz de sus amores extraordinaria y raramente espirituales.

—Ese es un riquísimo comerciante. Negocia en cuatro puertos distintos, y ha colocado como faro en cada uno á una mujer: tiene la primera en Constantinopla, la segunda en Trebisonda, la tercera en Salónica, y la cuarta en Alejandría. Cuatro puertos en donde descansar en brazos del amor cuando se desprende de los brazos de las ondas.

—¡Qué hermoso jóven de veinticuatro años! De simple oficial del ejército ha saltado á Bajá, por obra y gracia del Sultan, que lo ha casado con una hermana suya. Pero paga cara su fortuna; porque con una Sultana no se bromea; y si nos fijamos, encontraremos la esclava que espía sus pasos, viendo á quién mira, porque murmuran que es celosa como *dos* turcos.

—¡Mirad la esbelta palmera que cruza! ¡El ojo ménos experto comprende que es bella flor salida del Serrallo! Su actual marido la desposó despues

de haber sido ella favorita del Sultan, y por mediacion de la misma, ha conseguido un gran empleo en el Ministerio de la Guerra, y no tardará en hacerse hombre, porque es mozo que lo entiende y gana por momentos favor é influjo en la córte.

—Ahí vá una desposada de cinco años. Hoy mismo ha quedado comprometida con un mozalvete de ocho primaveras. Pero ya ha habido el primer disturbio en el seno del matrimonio, por motivo de un beso que la bella ha dado á su primo, que tiene la edad del marido, en presencia de éste.

—¡Hé ahí una bruja que ha sacrificado dos corderos á Alá en accion de gracias por haberla librado de una nuera que detestaba.

—Allí vá una médica bribona dedicada á hacer reventar á las esclavas que llevan en su seno el fruto del amor de un dia del Effendi. Las mujeres propias del señor, procuran la esterilidad de las esclavas á todo trance, porque si llegan á ser madres, no las pueden vender ya y el marido las retiene en casa.

—Esta otra tambien se ocupa de medicina, pero su fuerte especial consiste en asegurar, mediante su ciencia, al Effendi, que tal ó cual esclava es virginal doncella, ó amante de reemplazo en estado de merecer.

—La del fereché lila es mujer de un turco amigo mio; mas no es turca, sino cristiana, y vá todos

los domingos á la iglesia. No digais nada por consideracion á ella. Por el marido, no hay miedo, porque el Coran no prohíbe desposorios con cristianas, y basta para purificarse de un abrazo de cristiano, lavarse las manos y la cara.

—¡Caramba, la que se nos ha escapado! Una carroza del Serrallo: iba dentro la tercera cadina (1) del Sultan; he conocido la cinta color de rosa al cuello del intendente. La tercera cadina fué regalo del Bajá de Smirna, y tiene los ojos más grandes y la boca más pequeña del Imperio otomano. Una figura semejante á esta *hanum* chiquitita de la nariz acaballada que no hace mucho ha ofendido á Jesús y á Mahoma juntamente, amando á un pintor inglés, conocido mio.

¡Desdichada! ¡Y pensar que cuando los dos ángeles Nekir y Munkir juzguen su alma, creará disculparse con la habitual mentira de que en el momento de su pasion tenía los ojos cerrados y no reconoció el semblante del infiel!

*
*
*

(1) El Sultan tiene cuatro amantes predilectas que llevan el nombre de cadinas.

¿Luego hay turcas *infielles*?

¡Las hay!

No obstante los celos de los Effendi, la vigilancia de los eunucos, las prescripciones del Coran, que amenaza con cien latigazos á las culpables, á pesar de los maridos turcos, que forman entre sí como una tácita sociedad de seguros mútuos contra las infidelidades, siguiendo en esto la costumbre contraria de los maridos europeos, que parece tácitamente conspiran reunidos contra la fidelidad de la vida conyugal; con todo, y contra todo, puede asegurarse que las *veladas* de Constantinopla cometen tantos pecados sobre poco más ó menos, que las *no-veladas* de muchas ciudades cristianas.

Si no fuese así, Caragheuz no tendría tan á menudo en los labios la palabra *Kerata*, la cual traducida en un nombre histórico, significa Menelao.

¿Que cómo es posible?

De mil maneras. Ante todo, conviene saber que ya no se arrojan mujeres al Bósforo, ni dentro de un saco, ni sin saco, ni de ningun modo, y que los castigos del ayuno, del cilicio, del silencio, de los palos en las plantas de los piés, se reducen á amenazas de algun *Kerata* bestial.

Los celos procuran buscar formas para impedir las traiciones; pero cuando no sirven de nada los recursos del ingenio aguijoneado por los celos,

no se verifican ya las venganzas de otras épocas, porque ahora es bastante más difícil mantener ocultas las tragedias domésticas sin que salgan á la plaza pública los pormenores. Y en la sociedad musulmana ha entrado en union de otros muchos elementos, la fuerza del ridículo, á la cual teme extraordinariamente los celos.

*
*
*

Por otra parte, los celos turcos, en la mayoría de los casos, son unos celos frios, corporales, de amor propio más que de amor, aunque estas zele-
ras aparezcan severas y hasta animadas de la sed de venganza. Sin embargo, por su mismo carácter y el de los turcos, no puede gozar de la actividad escrutadora é infatigable de las miradas de Argos, que aquellos celos nacidos de lo más hondo del alma enamorada.

Y además, ¿quién vigila á mujeres separadas del marido, ó no separadas, pero que viven en casa aparte ó en habitaciones aisladas, donde pasan el día, mientras que el marido se le pasan algunos enteros sin parecer por tales lugares?

¿Quién las persigue por los intrincados calle-

jones de Pera, de Galata, ó por los extraviados cuarteles de Stambul?

¿Quién impide que se ejecute lo que yo ví ejecutar y es, á saber: que un ayudante de campo del Sultán arrojara al pasar al lado de un coche de cierta bella, un billete amoroso, corriendo á galope ginete en brioso corcel, en la revuelta de una esquina? El eunuco de delante no podía verlo porque le volvía la espalda, y el de detrás no había traspuesto la esquina mencionada. ¡Hé ahí la forma de llevar á cabo aquella aventura, núcleo de sabe Dios cuántas!

¿Y la noche del Ramazan, que á las mujeres se les permite no volver á casa hasta las doce? ¿Quién pone puertas al campo!

¿Y las *coconas* complacientes, que viven en los límites de un barrio musulmán y otro cristiano, y que igualmente reciben á una *velada* que á un europeo?

*
*
*

Las aventuras, empero, ni son tan extrañas, ni tan terribles como otras veces.

Ya no se repiten ejemplos análogos á los de la

Sultana del siglo pasado, que llamaba á su casa á un hermoso jóven de una tienda con el pretexto de que le llevase determinadas telas. Y aquel muchacho no volvía á salir. Víctima de un deseo ó de un capricho, iba á parar al Bósforo precipitado por una claraboya de los muros que daba sobre las aguas.

Ahora todo sucede prosáicamente.

Las primeras citas amorosas se verifican en las trastiendas. Ya se sabe que hay en todas partes comerciantes que comercian con todo género de artículos.

Las autoridades turcas procuran impedir tales abusos por no llamarlos escándalos, pero son inútiles cuantas prescripciones se refieren al orden público de la poblacion y que la policía de Constantinopla aspira á que se practiquen con regularidad y se observen fielmente. Con ocasion de las grandes fiestas, se amplían aquellas reglas, y excusado es consignar que casi en absoluto hacen relacion á la conducta de las mujeres, y se les hacen entender, ora en tono de consejo, ya por vía de advertencias, ora en forma de amenaza.

Ejemplos:

«Se prohíbe á las mujeres entrar en las habitaciones interiores de las tiendas. Necesitan permanecer en los comercios de modo que se las vea desde las calles.»

«Se les próhibe ir en el tranvía por pura di-

versión ó recreo; ó sea, que deben apearse al término de la carrera y no volver inmediatamente por la misma vía en el siguiente viaje.»

«De igual modo se les prohíbe hacer señas á la gente que pasa, y pararse en tal sitio, y atravesar por cual otro, y detenerse más de cierto tiempo en determinados lugares: prescripciones todas que cada uno de mis lectores se imaginará cómo pueden cumplirse, si se observan, y en qué forma, y de qué manera.»

Y luego se usa aquel bendito velo que fué instituido para salvaguardia del hombre y que ahora sirve para salvaguardia de la mujer, puesto que lo llevan trasparente, á fin de que ofrezcan incentivos á los caprichos, y lo usan espesos con objeto de que los amortigüen si no les conviniera en contadas circunstancias. De donde nacen mil incidentes dignos de mencionarse.

Amantes afortunados, v. gr., que despues de mucho tiempo no conocen á los ensueños de su mente; amadas que se ocultan bajo el nombre de otros para realizar venganzas; y bromas, reconocimientos inesperados, verdaderas anagnorisis teatrales, embrollos, equivocaciones, *quid pro quo*, chanzas y burlas carnavalescas y motivo continuo de chácharas y parlanchinerías infinitas.

Todas las murmuraciones van más tarde á parar como en remanso donde circulan y se renuevan tomando cuerpo ó aniquilándose y pereciendo en las casas de baños: parajes usuales de cita entre las turcas.

El baño desempeña el papel de teatro para ellas hasta cierto punto.

Van á estos establecimientos por parejas, y aun por grupos, con sus respectivas esclavas, que conducen cojines, tapices, objetos de tocador, golosinas, y en ocasiones, hasta el almuerzo, á fin de permanecer allí desde la mañana á la tarde.

En aquellos salones semi-oscuros, en medio de fuentes y entre mármoles, se encuentran reunidas más de doscientas mujeres desnudas á lo ninfas, ó mal encubiertas, de tal suerte, que conforme á la opinion de las europeas que allí fueron alguna vez, presentan un espectáculo que hace caer de las manos el pincel á los pintores.

Véanse las *hanum* blanquísimas al lado de las esclavas negras de un negro ébano; bellas matronas de formas bien acusadas segun la expresion de los artistas; representantes del ideal de la belleza para los turcos del gusto antiguo; diminutas desposadas, delicadísimas y harto jóvenes, de cabello corto y rizado, que parecen mancebos; circasianas de largas y doradas trenzas que caen hasta la orla de sus vestidos; turcas peinadas con múltiples trencitas que llegan hasta sus rodillas y

que cubren sus espaldas con tan caprichoso tocado negro cual azabache; otras, con la cabellera dividida en infinidad de pequeñas guedejas desordenadas, que producen el efecto de enormes pelucas, y ejemplares varios de Medusas y greñas de todas especies, cualidades y colores. Una exhibe rico amuleto al cuello; otra, una cabeza de ajo en su cabeza, para evitar *el mal de ojo*; varias medio salvajes con arabescos en los brazos; mujercillas á la moda que muestran alrededor de la cintura las huellas del corsé, y en la garganta de los piés las señales de la caña del borceguí; sin que falten pobres esclavas que manifiestan en sus espaldas el rastro del látigo de los eunucos.

Divídense en variados grupos, adoptando cada una actitudes graciosas á veces, y á veces raras.

Éstas fuman reclinadas en los almohadones, mientras que aquellas presentan todas las ondulaciones de la línea anterior de su cuerpo, estiradas cuan largas son sobre los tapices. Aquí peina una esclava á su señora; allá bordan en un círculo varias amigas hacendosas; acullá cantan, y á esotro lado rien, y corren, se persiguen, gritan, juegan en corro, ó en rancho aparte murmuran del prójimo las maldicientes de lengua viperina, que tambien las hay, dado el sexo á que pertenecen. Y al descubrir sus cuerpos, descubren en aquel lugar mejor que en ningun otro lado, su índole infantil.

Mídense los piés, se juzgan, se comparan, y pronuncian sus fallos con franqueza ruda ó con mordaz ironía. Y las exclamaciones son del tenor siguiente:

—Soy bella.

—Me juzgo pasadera.

—¡Cuánto me duele tener este defectillo!

—¡Sabes que eres más linda que yo?

—Mira, mira á la señora Feridéh qué gruesa se ha puesto de comer cangrejos machacados; ¡y tú decías que era mejor albóndigas de arroz!!

Y cuando entra alguna *cocona* simpática, la abruman á preguntas de esta índole:

—¿Pero es verdad que vais á los bailes desnudas hasta aquí? (Ya comprenderán mis lectoras hasta dónde se señalan.)

—¿Y cómo lo consienten vuestros Effendi?

—¿Y los otros hombres, qué dicen?

—¿Y de qué manera os cojeis para bailar?

—¿Es de este modo?

—Así, ¿de verdad?

—Mas qué atrocidad, sería cosa de verlo para creerlo y sobre todo para comprenderlo bien.

* * *

Y no solo en los baños buscan medio de conversar con las europeas, sino que en cualquier parte espían la ocasion propicia para comunicarse con ellas, y son felices si consiguen recibirlas en sus propias casas.

Entonces se juntan las amigas, presentan la servidumbre entera, se improvisa una fiesta, obsequian á la visita con dulces y frutas, y á veces tambien se la despide sin haberle hecho el más insignificante regalo.

El sentimiento que las mueve á tales demostraciones es, por lo general, la curiosidad y no la benevolencia.

Y tan pronto como adquieren alguna familiaridad con las europeas, las asaetean á preguntas más ó menos discretas, y no siempre posibles de ser contestadas por una señora de las nuestras. Piden explicaciones minuciosas de las particularidades de la vida, examinan detalladamente el equipo, parte por parte, desde la cabeza á los piés, y no quedan completamente satisfechas sino en el baño, donde pueden ver con todos los pormenores como si se tratase de un juguete, la manera de ser y de estar formadas estas nazarenas que montan á caballo, que suben á la cúspide de las montañas, que trabajan en las oficinas y establecimientos mercantiles, que pintan, que estudian, que saben tantas cosas extraordinarias, que escriben en los periódicos...

Ya, sin embargo, no subsisten las antiguas supersticiones y el concepto extravagante que tenían de las señoras cristianas europeas, antes de la reforma del Imperio otomano. No creen ya, por ejemplo, que el corsé sea una especie de coraza que ceñían los maridos á sus mujeres para asegurarse de la fidelidad, y de cuya máquina ellos solos poseían la llave; ni que las mujeres europeas pertenezcan á todos aquellos á quienes dan una vez sola el brazo; preocupacion por la cual las miraban con desprecio y ni aun envidiaban la educacion y la cultura, desconfiando de ellas y no sabiéndolas apreciar en nada.

Ahora, en cambio, sienten por las señoras cristianas otro sentimiento enteramente distinto, y sus desconfianzas se fundan tambien en diferentes razones.

Se avergüenzan de ellas mismas y de su ignorancia, y no se atreven á abandonarse ya con la confidente ingenuidad de antes.

Pero cada dia se nota más, que las imitan en el vestir y en los modales especialmente.

*
* *

La que estudia una lengua europea, la estudia más por imitacion que por deseo de saber, ó con el fin de hablar con las cristianas. Al hablar, se ingenian de manera, que mezclan palabras francesas dentro del discurso turco; las que ignoran el francés, se dan aires de conocerlo, ó de comprenderlo cuando ménos; son felices si por ventura se oyen llamar *madame*; y van en busca de este título á las tiendas de los francos, donde se las saluda así; y Pera, la gran ciudad de Pera, las atrae invenciblemente como la luz á las mariposas, guía sus pasos de una manera instintiva, sin que se den cuenta de ello, llama con irresistible fuerza su atencion, su fantasía y sus cuartos, y acaso, acaso hasta sus pecados.

Por este motivo, las posee el vértigo de la comezon por conocer señoras europeas que representaran con ellas el papel de reveladoras de un nuevo mundo.

De nuestras mujeres se hacen describir los espectáculos de los teatros occidentales, de los bailes espléndidos, de las bellas reuniones, de los opíparos banquetes, las suntuosísimas recepciones de las grandes damas, las aventuras de carnaval, los grandes viajes, y el torbellino de todas estas nociones se agita en rápido giro por sus cabezas, iluminando su mente con visiones fantásticas, y descende á su sentimiento para emocionar sus corazones, cuando solas, encerradas entre las cuatro

paredes del haren, ó á la sombra de los jardines renuevan aquellas sensaciones melancólicamente en romántico vuelo, despiertan el confuso tropel de aquellas imágenes.

Y de igual modo que las mujeres del Occidente sueñan con los serenos horizontes orientales, ellas suspiran en tales momentos de romanticismo por la vida variada y febril de nuestros países, y darían todas las maravillas del Bósforo, á cambio de un barrio oscuro y sombrío de París.

Pero no es por la vida febril y variada por lo que suspiran, si que tambien por la vida tan deseada de la intimidad del hogar doméstico, por el mundo abreviado de la familia en la casa europea: el pequeño círculo de amigos de confianza que frecuentan nuestro trato, la corona de los hijos, la belleza de la venerable ancianidad; aquel santuario reducido, lleno de memorias, de recuerdos y de tradiciones, de confidencias y ternura, que embellece y sublima la union de dos almas aun sin amor, al cual se torna despues de larga vida de aberraciones y de culpas; en el cual, aun entre los dolores del presente y las tempestades de la juventud, se refugia el pensamiento, se conforta el corazon, como en eterna promesa de paz para los años venideros, de idéntica manera que en el trasponer del sol, contemplado desde la oscuridad del valle.

*
*
*

Para satisfaccion de los que sentimentalizan acerca de la suerte de la mujer turca, se les puede ofrecer el consuelo de la noticia relativa al descenso rápido hasta cierto punto de la poligamia.

Realmente, en todo tiempo ha sido considerada mejor en calidad de abuso tolerable que en la de derecho natural del hombre. Mahoma, v. gr., dice:—"Siempre es digno de alabanza quien se casa con una sola mujer"—aunque él desposara varias; y observan aquella recomendacion, mereciendo aplauso los que tomando una única esposa, quieren dar ejemplo de austeridad de costumbres y hábitos honestos. El que carga con más de una, no incurre en las censuras, empero tampoco recibe por ello elogio ni alabanza.

Hay contado número de turcos que abiertamente y á la luz del sol profesan la poligamia galardoneándose de su conducta, y menor aún el de los que en el fondo de su conciencia admitan y aprueben semejante union de un hombre con varias mujeres. Casi todos comprenden la injusticia

que encierra y que supone, y hasta se dá el ejemplo de que algunos osen combatir la poligamia franca y explícitamente.

Cuanto se encuentran en determinada posición social, que reclama respetabilidad en el mundo, por carácter ó profesion, por dignidad del cargo ú otra razon análoga, no comparten la vida sino con una mujer. Una sola poseen los altos funcionarios de los Ministerios, los oficiales del ejército, los magistrados, los hombres dedicados al fin religioso en cualquiera de sus esferas ú órdenes. Una sola, por necesidad, todos los pobres y la mayoría de las gentes de clase media. Las cuatro quintas partes de los turcos de Constantinopla, no son polígamos.

Cierto que muchos no adoptan más que una mujer por la manía de imitar á los europeos, y no pocos de éstos se desquitan con odaliscas. Pero aquella manía de imitar radica, en primer término, en el sentimiento confuso de la necesidad de operar un cambio fundamental y completo en la sociedad musulmana. La posesion de odaliscas censúrase como vicio, y no puede ménos de amenjarse con las restricciones del comercio de esclavas, todavía tolerado, pero que camina á confundirse, acabará por ser equivalente á la corrupcion ordinaria de todos los países europeos.

¿Nacerá de aquí una corrupcion mayor?
Contesten otros.

*
*
*

El hecho se presenta palmario. La trasformacion europea de la sociedad turca no ha de verificarse sin la redencion de la mujer, y la redencion de la mujer no ha de llevarse á cabo sin la absoluta desaparicion de la poligamia, y la poligamia decae notoriamente.

Nadie, de fijo, se atrevería á alzar la voz si mañana de improviso la suprimiese por medio de un decreto el Gran Señor.

El edificio amenaza ruina; no hay necesidad, pues, sino de quitar los escombros.

La nueva aurora tiñe ya de rosa las azoteas de los harenes.

¡Esperad, bellas *hanum!* Las puertas del *selamlík* serán destrozadas, caerán las rejas; el *feréché* irá á decorar los museos del Gran Bazar, el eunuco no será ya sino reminiscencia de negra infancia, y vosotras mostrareis libremente al mundo las gracias de vuestros semblantes y los tesoros de vuestra alma; y entonces, cada vez que se nombren en Europa las perlas del Oriente, se comprenderá que se os nombra á vosotras, ¡oh, blan-

cas *hanum!* ¡vosotras, bellas musulmanas, cultas, ingeniosas y gentiles, y no las inútiles perlas que brillan en torno de vuestras frentes, en medio de las frias pompas de los harenes!

¡Animo, pues! ¡El sol se levanta!

Para mí—y esto lo digo á mis amigos incrédulos—á pesar de ser viejo, no he renunciado todavía á la esperanza de dar el brazo á la mujer de un Bajá de paso por Turin, llevándola á pasear á las orillas del Pó, recitándole un capítulo de *I Promessi Sposi*.

IANGUEN VAR.

Hallábame precisamente fantaseando hácia las cinco de la mañana en mi cuarto del hotel de Bizancio, y así entre dormido y despierto, viendo á lo lejos la colina de Superga, cuando empezaba á recitar á mi *hanum* viajera:—"Aquel brazo del lago de Como, que vuelve hácia Mediodía entre dos no interrumpidas cadenas..."—(1) cuando se me apareció con una luz en la mano mi amigo Yunk, vestido... de blanco, y me preguntó:

—¿Pero qué ocurre esta noche en Constantinopla?

Presté oídos, y escuché sordo y confuso rumor proveniente de la calle, ruido de precipitados pasos en las escaleras, y un cierto murmullo que parecía ya de día. Me asomé á la ventana y distin-

(1) Son las palabras con que empieza la celebrada novela de Manzoni, *I Promessi Sposi*, que cita el autor al final del capítulo anterior.